

# UN PROYECTO NACIONAL EN LA NARRATIVA HISTÓRICA DE EDUARDO ACEVEDO DÍAZ<sup>1</sup>

*Teresa Basille*

Universidad Nacional de La Plata

En este trabajo intento marcar algunas pautas para responder a la siguiente pregunta ¿Cómo se representa la nación uruguaya en las novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz?

Para ello voy a partir de una de las reflexiones que en torno a la novela histórica formula Noé Jitrik en su libro *Historia e imaginación literaria*<sup>2</sup>. Allí describe el contexto de enunciación de la novela histórica en América Latina durante el siglo XIX teniendo en cuenta la idea de crisis o ruptura —en especial la que provoca la independencia— que socava una determinada estructura social y provoca un cuestionamiento en la identidad comunitaria. Frente a este trastorno “la novela histórica intenta, mediante respuestas que busca en el pasado, esclarecer el enigma del presente” (p. 19).

Otra de las consecuencias de la independencia sería la siguiente: “no sólo se deja de ser español para ser “criollo” con todas sus variantes sino que muy pronto hay venezolanos, colombiano, mexicanos, cubanos, argentinos, chilenos, peruanos, bolivianos, uruguayos y demás, casi de la noche a la mañana, y tales designaciones, que tienen seguramente un sentido político muy preciso, son como formas vacías o como ambiguos proyectos” (p. 41). Esta cita, a mi modo de ver, describe la lógica entre las implantaciones políticas de los *estados* en América Latina logradas con la independencia y la subsiguiente necesidad de construir *naciones*, entendidas éstas como comunidades imaginadas capaces de dar una identidad a sus pobladores. Esta ecuación estado/nación alcanzó un grado extremo en Uruguay ya que, como veremos, su independencia definitiva de la Argentina y de Brasil sobrevino abruptamente impulsada, en gran medi-

<sup>1</sup>Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación sobre *La novela histórica de la posdictadura en Uruguay (1985-1995)* en el marco de una Beca de perfeccionamiento otorgada por la Universidad Nacional de La Plata.

<sup>2</sup>Jitrik, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Bs. As., Ed. Biblos, 1995.

da, por las negociaciones diplomáticas de Gran Bretaña y no fue el resultado de un proyecto definido de la política oriental.

Si revisamos la historia uruguaya, en pocos casos parece más acertada esta afirmación de que el estado precedió a la nación. En la formación del estado uruguayo es lícito tender un arco desde la independencia oriental alcanzada definitivamente con la jura de la Constitución en 1830 hasta el último tercio del siglo XIX en el cual se intenta, a través de diversos ensayos políticos, consolidar un estado centralizado que permita la práctica de las instituciones democráticas —en especial el sufragio, la estabilización de los partidos políticos, la libertad de prensa— y que articule el proceso modernizador impuesto por los países industriales. Este proyecto alcanzó a realizarse con los gobiernos de Batlle y Ordóñez a comienzos del siglo XX. En este recorrido, el último cuarto del siglo XIX aparece como un momento en que la *crisis*, inaugurada con la independencia y presente en las décadas subsiguientes, se ahonda y se convierte en un problema que debe resolverse. Los inicios de la vida independiente del Uruguay se vieron sacudidos por los constantes enfrentamientos entre las divisiones, situación que perduró hasta las últimas décadas a través de los conflictos entre blancos y colorados, entre “caudillos” y “doctores” que aún provocarían levantamientos armados. La debilidad de las instituciones para organizar el país, el fraude electoral, la constante intervención de argentinos y brasileños, la incapacidad para centralizar el poder, obstaculizaban la unidad nacional. Los gobiernos ensayaron infructuosamente diversas soluciones, desde el caudillismo de Venancio Flores hasta el gobierno principista del Dr. Ellauri. El impacto modernizador impulsado por los países centrales requería prontas medidas tendientes a crear el orden interno necesario para convertir al Uruguay en un país productor y exportador de materias primas y consumidor de manufacturas; se hace urgente la necesidad de pacificar el país y consolidar las instituciones. Este clima de crisis e inestabilidad coloca en el centro de los debates a la nación y su futuro. Este momento en que se intenta construir un estado fuerte y centralizado que a la vez responda al modelo democrático y republicano así como al proyecto modernizador dispara una serie de proyectos en torno a la nación. La literatura y, en el caso que nos ocupa, la novela histórica, se ofrece como espacio capaz de debatir el futuro del Uruguay. Prueba de ello fueron las múltiples obras que se ocuparon del tema, como por ejemplo las de Zorrilla de San Martín, Carlos Reyles, José E. Rodó, entre otros. Eduardo Acevedo Díaz formula sus propias respuestas a la crisis a través de una relectura del pasado en la que inserta sus propuestas para el futuro.

Sus novelas históricas nos remiten al período que va de 1808 a 1838, y abarcan los momentos previos a la independencia, los primeros levanta-

mientos de la campaña del año 1811 en la lucha por la independencia y la victoria artiguista en Las Piedras (*Ismael*); la dominación portuguesa y brasilera que convirtió a la Banda Oriental en Estado Cisplatino (*Nativa*); el desembarco de los Treinta y tres Orientales y sus victoria de Rincón y Sarandí contra las tropas brasileras (*Grito de Gloria*) y las guerras civiles entre Rivera y Oribe durante la presidencia de este último (*Lanza y Sable*). Estos momentos claves en los inicios de la formación nacional son recuperados por Eduardo Acevedo Díaz a partir del contexto que rodea sus años de escritura y publicación de las novelas —el período que va de 1888 a 1914—. Resulta indispensable, por lo tanto, poner en correlación sus textos con las discusiones sobre el presente y futuro de la nación, así como con la realidad política del momento en el cual Acevedo Díaz tuvo una actuación destacada. He seleccionado aquellos debates cuya presencia se percibe en la construcción de sus novelas históricas, en especial los problemas en torno a la viabilidad del Uruguay como país independiente, las disputas entre el modelo de país propuesto por blancos y colorados, y el impacto de la modernización en las últimas décadas del siglo XIX en el Uruguay.

Voy a comenzar distinguiendo tres tipos de discursos que proyectan cada uno un diverso aspecto del modelo de nación propuesto por el autor en sus novelas.

La *tesis de la independencia clásica* coloca los orígenes de la nación uruguaya en la lucha por la independencia considerada como un anhelo constante y un logro del pueblo oriental. Procura responder a los cuestionamientos sobre la “viabilidad” del Uruguay como país pequeño frente a sus vecinos argentinos y brasileros.

La representación de la naturaleza oriental como un *discurso de la abundancia*<sup>3</sup> propone el modelo de un país agrícola ganadero, cuya riqueza comienza como un don de la naturaleza que el país debe explotar mediante los medios aportados por la modernización.

Los ideales republicanos, las instituciones de las democracias y los valores del iluminismo conforman una *utopía democrática* en los inicios de *Ismael* y se convertirán en *Lanza y Sable* en el proyecto político del partido blanco.

A través de la representación de las primeras décadas de la historia uruguaya, Acevedo Díaz procura responder a estos debates sobre el destino nacional que fueron definitorios en el período en que escribió sus obras.

<sup>3</sup>Tomo la idea del “discurso de la abundancia” de Julio Ortega, *El discurso de la abundancia*, Caracas, Monte Ávila, 1992.

## LA HISTORIA COMO TRADICIÓN

En los comienzos del año 1875 el orden constitucional es quebrado por el golpe de estado del General Latorre. Desde las páginas de la *Revista Uruguaya*, Eduardo Acevedo Díaz denuncia las consecuencias de la reciente “dictadura”: “la honradez y las virtudes cívicas eran acechadas y tenazmente perseguidas; el patriotismo vilipendiado, la justicia desconocida, el derecho y la libertad holladas; el trabajo infecundo; la hacienda estéril; el egoísmo imponiéndose como suprema ley”<sup>4</sup>.

El derrocamiento del gobierno de Ellauri clausuraba las posibilidades del proyecto principista basado en el restablecimiento del orden administrativo, de las garantías constitucionales, de la tolerancia política y de la libertad de prensa. Un modelo liberal y civilista, inadecuado para un país que aún no había logrado superar las luchas internas.

En el último número de la corta existencia de esta revista, clausurada por los virulentos artículos de Acevedo Díaz, éste imagina una escena de alto contenido simbólico. El General Latorre oye el Himno Nacional frente a sus tropas y las palabras “Libertad, libertad, orientales...” le provocan una alucinación en la cual los soldados se aprestan a sublevarse contra su gobierno. La tradición libertaria de la gesta independentista se recupera en el presente para derrocar al tirano o, incluso, para eliminarlo. “Si enemigos, la lanza de Marte. *Si tiranos, de Bruto el puñal*; finaliza el texto (la cursiva no es mía)<sup>5</sup>.

El autor construye los valores de la tradición a partir de la idea de libertad plasmada en la historia de la independencia y conseguida a través de la guerra. La defensa de esta tradición justifica la revolución armada cada vez que un gobierno dictatorial obtura el libre ejercicio de la democracia<sup>6</sup>. Esta idea lo llevó a participar en la Revolución de las Lanzas de Timoteo Aparicio (1870) y en el levantamiento de Aparicio Saravia (1897). Desde otra óptica podemos pensar que Acevedo Díaz, desde su colaboración en los alzamientos, elige conformar una tradición que lo

<sup>4</sup>*Revista Uruguaya*, N° 15, “La última palabra del proscrito”, p. 114.

<sup>5</sup>*Revista Uruguaya*, N° 19, “El himno Nacional y D. Pedro Varela”, p. 146.

<sup>6</sup>Durante la campaña prerrevolucionaria de 1895-1896 EAD vuelve constantemente hacia el pasado de la guerra de la independencia y de las luchas de los blancos para recuperar el ideal de la libertad como bandera de los levantamientos. Cito algunos pasajes: “Levantáos del fondo del pasado, sombras veneradas que todo dispusisteis en los altares de nuestra religión política: yo os invoco también en este momento”; “en los campos cien veces regados con sangre de esta tierra... fueron más las fierezas altivas que las servidumbres cobardes”; “a los hijos y a los nietos de los que consumieron su vida en combate perpetuo para abonar el terreno de la libertad institucional; ensueño que aún proseguimos”; “porque una tierra que ha sido abonada con sangre de héroe y de mártires”, citados por Eduardo Acevedo Díaz (h), en: *La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz*, Bs. As., 1941, p. 126-128.

autorice y nada mejor que destacar la íntima imbricación entre libertad y lucha tal como se dio en las guerras de la independencia. La tradición, lejos de situarse en un pasado clausurado o apoyar un *statu quo*, recuerda los derechos del ciudadano y los deberes del gobernante. El golpe de estado de Latorre pone en evidencia las debilidades de Uruguay como nación democrática, la inestabilidad de sus instituciones, la incapacidad para organizar su Estado e, incluso, el peligro de la invasión extranjera. Esta situación provoca en Eduardo Acevedo Díaz un giro hacia el pasado, hacia la historia de la gesta independentista a fin de recuperar sus ideales libertarios. Ante el destierro de Agustín de Vedia por orden de Latorre, el autor dice “yo quiero encontrar en los misterios del pasado una virtud que hoy no encuentro, y que sea fulgurante entre las ruinas de la historia como un astro que alumbra el sendero al porvenir”<sup>7</sup>. Junto con estos artículos opositores al gobierno, en la misma revista publica otra serie de ensayos sobre historia americana, el primero de los cuales se refiere a “La jornada de Ayacucho”.

A los pocos días el gobierno lo destierra a la Argentina, donde va a permanecer por veinte años ocupando parte de su tiempo en escribir las primeras tres novelas del ciclo histórico. En estas obras construye una imagen épica de los inicios de la patria en los que privilegia la idea de libertad, casi, podríamos afirmar, como un gesto compensatorio frente a las debilidades del presente y como una tradición a la cual recurrir en los períodos dictatoriales. En sus textos la lucha por la independencia de España se encuentra continuamente cruzada por el anhelo de independencia absoluta del Uruguay, y su logro final marca el inicio de ciertos imaginarios que van a rodear a la nación recién conquistada.

## 1. LA TESIS DE LA INDEPENDENCIA CLÁSICA

La dictadura no sólo despierta la necesidad de consolidar las instituciones democráticas, sino de un modo más profundo cuestiona la viabilidad del Uruguay como país independiente.

Para Arturo Ardao<sup>8</sup> la independencia definitiva del Uruguay ha constituido durante el siglo XIX un “problema” a la vez “histórico” y “político”, acentuado por las continuas intervenciones de Argentina y Brasil. Fue durante la década de 1870 que el sentimiento de nacionalidad sufre un profundo cuestionamiento, especialmente en los debates suscitados a partir de la erección del monumento a la Independencia en 1879, en la

<sup>7</sup> *Revista Uruguaya*, N° 3, “El desterrado”, p. 97.

<sup>8</sup> Ardao, Arturo, “La independencia uruguaya como problema”, en: *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Universidad de la República, 1991.

villa de Florida. Una rápida revisión de las diversas opiniones que este acto convocó dará cuenta del clima del momento. Como antecedente, José Pedro Varela en su obra *La legislación escolar* (1876) habla sobre la “independencia amenazada” por las aspiraciones de ambos vecinos, y permitida por las disidencias internas y la anarquía predominante que ha ido “debilitándonos, empobreciéndonos, aniquilándonos cada vez más y en consecuencia, haciendo cada vez menos viable nuestra nacionalidad”<sup>9</sup>. La inauguración del monumento a la Independencia hizo público el debate y enfrentó divergentes posturas. Juan Carlos Gómez expresó profundas reservas sobre la factibilidad de las nacionalidades pequeñas encontrando en la reconstrucción de la “vieja unidad platense” una posible solución al problema de la estabilidad institucional. Refutando las tesis de Gómez, José Pedro Ramírez, aún reconociendo las dificultades, apuesta al mantenimiento de la independencia ya que “la independencia de este país es un hecho producido por su voluntad consciente, afirmado por un tratado que es en sí mismo una solución de paz entre los países limítrofes y confirmado por medio siglo de vida nacional; este país se ha dado instituciones que no funcionan o funcionan mal; el problema está circunscrito a restaurar el imperio de esas instituciones, a popularizarlas e imponerlas como una necesidad suprema, como el único medio de radicar la paz, de conservar la nacionalidad, de hacer libres, felices y dignos a los ciudadanos que se agrupan bajo su bandera”<sup>10</sup>. La tercera y última postura se encuentra en el libro *Nirvana* (1880) de Ángel Floro Costa, quien percibe como destino más probable para el Uruguay su reincorporación al Brasil como Provincia Cisplatina.

De este modo el problema “político” de la independencia implica la viabilidad futura del Uruguay como un país soberano capaz de fortalecer sus instituciones democráticas en un clima de paz.

El problema “histórico” discute la adecuada fecha de la independencia y pone en juego diferentes lecturas sobre la historia uruguaya de las primeras tres décadas del siglo pasado. La crisis del sentimiento de nacionalidad durante la década del setenta provoca como reacción la necesidad de fortalecerla y ello se verifica en una peculiar interpretación que hace de la independencia absoluta del Uruguay un logro largamente anhelado y finalmente alcanzado por la casi exclusiva voluntad y acción de los orientales. Real de Azúa denomina “tesis de la independencia clásica” a esta versión de la historia uruguaya<sup>11</sup>.

Si la empresa de los Treinta y Tres orientales, que desembarcó en 1825

<sup>9</sup>Citado por Ardao, *op. cit.* p. 188.

<sup>10</sup>Citado por Ardao, *op. cit.* p. 197.

<sup>11</sup>Carlos Real de Azúa, *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, 1991.

en las costas uruguayas, se proponía liberar al entonces llamado “Estado Cisplatino” del dominio lusobrasileño, declaró en la Asamblea de la Florida (25 de agosto de 1825) no sólo la independencia de la Banda Oriental sino además la “unión” con las Provincias del Río de La Plata.

Recién en 1828 la Convención Preliminar de Paz reunió a representantes de la Argentina y Brasil, previa mediación de Gran Bretaña, en Río de Janeiro para declarar la *independencia absoluta* de la Banda Oriental del Uruguay. Pero allí no figuraron representantes de esta última. La Constitución nacional fue jurada el 18 de julio de 1830.

Entre estos dos hechos ha quedado oscilando el debate sobre la fecha de la independencia como un momento problemático, si no traumático. El debate pone en juego varias cuestiones entre las que no están ausentes los tintes partidarios de blancos y colorados. Si se toma como fecha la Convención Preliminar de la Paz o algunas de sus consecuencias, como la entrada en vigencia de la Constitución, la independencia quedaría forjada, fundamentalmente, por un pacto realizado entre potencias extranjeras, Brasil y Argentina, que no convocaron a los propios interesados para su firma. Asimismo esta Convención fue el punto culminante de la mediación que Inglaterra y sus intereses comerciales llevaron a cabo eficazmente a través de Lord Ponsonby, una mediación interesada en crear un “Estado tapón” para evitar que las márgenes del Río de La Plata quedaran en una sola mano, la argentina, o en dos manos poderosas, la argentina y la brasilera.

En cambio cuando se elige la empresa de los Treinta y Tres orientales como inicio de la independencia nacional, los actores principales, más allá de si hubo o no un apoyo argentino, pueden presentar sus credenciales orientales. El debate aquí se centra en las declaraciones de la Asamblea reunida en la Florida al poco tiempo, ya que luego de la declaración de la independencia se decretó la “unión” con las Provincias del Río de La Plata.

Si los orígenes de la nacionalidad uruguaya se mueven entre estos dos eventos históricos que no alcanzan a satisfacer el orgullo nacionalista, en cambio la historiografía oficial ha elaborado un relato de la independencia capaz de presentarla como un triunfo del pueblo oriental largamente deseado. Eduardo Acevedo Díaz se inscribe en esta empresa que intenta pautar la independencia como un destino inevitable de los orientales, desarrollando en sus novelas históricas las siguientes tesis:

1. Bajo los presupuestos del positivismo, la idea del Uruguay como nación independiente se naturaliza en base a los determinismos del medio (el territorio y sus límites “naturales”, el clima y la naturaleza), la raza y el momento. Con ello la nación se reviste de un carácter ahistórico y adquiere la fuerza de lo inevitable. La nacionalidad podrá desviarse,

oscurecerse, tergiversarse por ciertas fuerzas contrarias de la historia o por los intereses de la política, pero no por ello va a desaparecer<sup>12</sup>. Dice el narrador en *Nativa*: "...la transformación étnica —fenómeno natural— creaba nacionalidades independientes de las fórmulas políticas, en armonía con las condiciones de cada región y clima, con las diversas influencias de razas y con las costumbres locales. Así iban surgiendo en bastísimas comarcas una acción unitaria, argentinos, orientales, paraguayos y bolivianos... Dada, pues, la naturaleza del terreno respectivamente, y la calidad de la semilla, el desarrollo y crecimiento de ésta dependían de circunstancias. Podía malograrse la obra, como hubo de suceder desde sus comienzos; pero la garantía del éxito estaba en la energía de la raza". (N, pp. 390-391).

2. Según los hechos históricos, la independencia absoluta fue el resultado de una serie compleja de factores, entre los que ejercieron fuerte presión los intereses británicos, argentinos y brasileros; frente a ello la tesis independentista clásica insiste en el carácter netamente oriental de su independencia y procura ver, en variados hechos del pasado, señas de una voluntad autonómica. Para colocar a la independencia como triunfo exclusivamente oriental, Eduardo Acevedo Díaz despliega una serie de estrategias que le permiten sortear los datos históricos. Veamos algunas de ellas.

En principio antedata la voluntad autonómica de los orientales verificando en el período colonial su emergencia. Esta idea influye en la estructura de *Ismael* y determina la elección de los eventos históricos que ingresarán al texto. Selecciona como comienzo no la rebelión de la campaña de 1811 sino el conflicto del gobernador Elío con el virrey Liniers, un acto de resistencia ante las políticas porteñas que prefiguran la vocación independentista de su pueblo<sup>13</sup> y anticipa el levantamiento de la campaña. Este desacato se convierte en el momento clave de la separación de la Banda Oriental del resto del virreinato: "la unidad

<sup>12</sup>En *Nativa* se utiliza la fórmula del desvío. La Banda Oriental como Estado Cisplatino se encuentra bajo la dominación luso-brasilera, momento más débil de la nacionalidad oriental. En este contexto, el espíritu independentista aparece "desviado" de su cauce natural ya que ha sustituido "con otras costumbres y otro idioma el lenguaje y los usos consagrados por los siglos; sin advertir que la historia, la naturaleza, el clima, los instintos peculiares de raza y de índole etnológica... hacían inconciliables esos propósitos con el instinto local" (N, p. 131).

<sup>13</sup>La rebelión del gobernador Elío tuvo una intención deliberada a favor de la corona, fue contrarrevolucionaria y respondió a una política de obediencia hacia el rey español ya que Liniers estaba sospechado de bonapartismo. La interpretación que lleva a cabo Fray Benito invierte el significado de dicho acto político y lo convierte en precursor de la independencia ya que implica un desacato frente a Buenos Aires.



nacional perdió un eslabón, que no pudo luego reatar el esfuerzo libre” (p. 13) dice en *Ismael* el narrador.

En la campaña y sus gauchos el autor coloca la tesis de la independencia como una “necesidad”, articulada por los presupuestos positivistas que hacen del medio, el momento, las gauchos y sus costumbres los factores desencadenantes del impulso revolucionario. La “sociabilidad primitiva” de los tupamaros, cuyo principal valor consiste en el “amor al pago” junto con la incapacidad para aceptar cualquier tipo de sujeción externa, “los que vivían sin rey ni ley” (I, p. 157), resulta una forma embrionaria del instinto de independencia y de la idea de patria<sup>14</sup>. Esto determina, en gran parte la trama de sus novelas en las cuales la descripción del medio y las costumbres del gaucho ocupan extensas páginas. Sin solución de continuidad, Acevedo Díaz pasa, en la caracterización de la vida de la campaña, del “carácter local” a la descentralización futura, a la “vida independiente y soberana” que comenzaba a perfilar “el espíritu de nacionalidad que nacía débil y vacilante” (I, p. 52).

Otra de sus estrategias consiste en atribuir a los orientales, en especial a los gauchos y caudillos, una idea de independencia absoluta que permanece en las zonas indefinidas del instinto y del sentimiento oscilando entre lo primitivo, latente, confuso o inconsciente y que no alcanza a formularse en una idea clara ni en un proyecto político definido: “(...) sin rumbos bien definidos ni aspiraciones subordinadas a un ideal fijo y luminoso” (I, p. 232). Estas aserciones permiten sortear cualquier intento de verificación sobre una voluntad del pueblo que se presenta como inconsciente.

Asimismo desplaza el tema de la independencia de los ámbitos de negociación, de los acuerdos y pactos firmados y de los documentos emanados de los mismos para situarlo en la “voluntad del pueblo”. Para ello minimiza y desprestigia las acciones que se resuelven en el campo de la política, contrarias a las “verdaderas” intenciones de los orientales. *Grito de Gloria* describe la gesta de los Treinta y Tres orientales sin olvidar la Asamblea de la Florida. Si allí se declaró la anexión, este acto obedeció a la “necesidad” política, mientras sus autores sostienen el deseo de una independencia absoluta y afirman la viabilidad de la futura nación: “Nación independiente podemos ser. Los paisanos no quieren ser más que orientales” (GG, p. 15). De este modo la anexión se convierte en

<sup>14</sup>Dice el narrador en *Ismael*: “La vida de aislamiento formó en las muchedumbres de los campos el ‘carácter local’, el círculo estrecho de la patria al alcance de la mirada, el egoísmo fiero del pago y del distrito, germen de la descentralización futura, y, a su vez, arranque originario de una vida independiente y soberana en la oscura fuente de las soberbias cerriles” (I, p. 52).

“máscara” que oculta una intención de independencia absoluta y que se vale de las conveniencias políticas como medios eficaces para llegar al fin deseado: “Lo que nos convendría sería difundir la especie de la reincorporación una vez que invadiéramos” (GG, p. 16). En la perspectiva de Luis María Berón sobre las resoluciones de la Asamblea de la Florida se reitera el rechazo hacia la política como ámbito de negociaciones que no reflejan la voluntad popular: “A esta triste alternativa estaba condenado el ideal de la aventura por la política insensible y la fría diplomacia... Contra esta resolución se habían estrellado todos los esfuerzos y los ruegos del pueblo oprimido, las vehementes insinuaciones de espíritu nacional, los argumentos de los tribunos y del patriotismo exaltado” (GG, p. 178).

Por último Eduardo Acevedo Díaz establece una continuidad entre proyectos políticos que la historia marca como diferentes. El deseo de independencia frente a la corona española se articuló, en su primera manifestación, a través del proyecto artiguista que hacía de la Banda Oriental una provincia más del ámbito platense. Lavalleja y sus Treinta y Tres orientales demostraron similares intenciones en la Asamblea de la Florida. La *independencia absoluta* tal como surgió en la Convención Preliminar de La Paz implicaba un modelo opuesto. Ya anteriormente Artigas<sup>15</sup> rechazó la propuesta emanada de Buenos Aires a fin de crear un Estado independiente. Ahora bien, la estrategia consiste en diluir la oposición entre los proyectos de *independencia relativa*, propios de Artigas<sup>16</sup> y Lavalleja y la final *independencia absoluta* del pueblo oriental, para

<sup>15</sup>En sus Instrucciones del Año XIII, donde consta su programa político, Artigas propone la defensa de la “soberanía particular de los pueblos” como respuesta a las pretensiones hegemónicas de Bs. As. e integra esta “autonomía” provincial en un Estado de base federal. A mediados del año 1815 el Director Álvarez Thomas le propone reconocer la independencia total de la Banda Oriental de Uruguay. Artigas rechaza la oferta ya que contradecía el “significado provincial, pero no nacional de la independencia oriental, implicando una segregación que el caudillo nunca había propuesto y jamás aceptó”, Cfr. Reyes Abadía, W., Bruscher, O., Melogno, T., *El ciclo artiguista*, tomo 3, Montevideo, 1968, p. 91.

<sup>16</sup>La postura de Artigas sobre la independencia es presentada con cierta dosis de ambigüedad y se le atribuyen ideas diferentes cuando no contradictorias. Por un lado se le adjudican al mismo tiempo las dos alternativas de la autonomía relativa y absoluta: “Ya se considere al futuro caudillo animado de un patriotismo puro, ya bajo el influjo de las pasiones que sirvieron más tarde como nervio de resistencia a la emancipación local” (I, p. 325). En otras referencias se acentúa el deseo de autonomía del proyecto artiguista y aquí es el término “autonomía” el que resulta ambiguo. Si con él Artigas se refería a la Banda Oriental como provincia y no como Estado independiente, en estas novelas la autonomía se convierte en un momento clave de un itinerario inevitable que comienza con el “amor al pago”, sigue con la “autonomía” para lograr la “independencia absoluta”: “Preciso es reconocer que si no lo sostenían en esa forma, no era porque creyesen que con la desaparición de Artigas del teatro de la lucha había cesado la causa de resistencia en los orientales a reincorporarse a Buenos Aires o a cualquier otro país...” (N, p. 23). En *Nativa* y

poder tejer una continuidad, un recorrido progresivo del sentimiento de independencia desde sus inicios coloniales hasta su resolución final<sup>17</sup>. Para establecer esta continuidad utiliza la idea positivista de evolución que impregna su concepción de la historia. Cada etapa importa una diferente modulación acorde al momento histórico, de una permanente voluntad de autonomía absoluta propia del pueblo oriental y, teniendo en cuenta ese deseo, Acevedo Díaz elige y encadena aquellos eventos históricos que le permiten diseñar ese recorrido, fundamentalmente el triunfo artiguista y las primeras victorias de los Treinta y Tres orientales, antes de que los orientales reciban la ayuda argentina. Asimismo minimiza o descarta aquellos momentos que puedan contradecir sus tesis: si la Asamblea de la Florida aparece como una necesidad política, la Convención Preliminar de La Paz ni siquiera es mencionada ni, menos aún, la injerencia de la diplomacia británica.

La resolución que Acevedo Díaz da al “problema histórico” a favor de la tesis de la independencia clásica se convierte en una respuesta al “problema político” reafirmando la viabilidad del Uruguay como estado soberano. Luego de la experiencia de la dictadura, en el exilio argentino, su interpretación del pasado le permite construir una tradición nacional libertaria que lo autorice a levantar las armas contra cualquier tiranía.

En *Grito de Gloria*, Ismael Velarde, junto a los fogones, rasga la guitarra cantando una trova de su propia invención, relato de sus desgraciados

*Grito de Gloria* comienza a acentuarse la continuidad entre el proyecto de Artigas y el de los Treinta y Tres orientales: “a la lanza ya rota de Artigas debía suceder lógica y fatalmente el sable de Sarandí” (N, p. 241). Y la conexión entre ambos se da a través de la coparticipación en el deseo de independencia absoluta que se ve coartado por los intereses dominantes de argentinos y brasileros. De este modo Carlos Berón interpreta la reincorporación de la Banda Oriental al Río de La Plata como la única alternativa posible frente a los intereses de los poderosos vecinos e incluye en esta estrategia no sólo a los Treinta y Tres orientales, sino al mismo Artigas: “Ahora que usted me diga que sintiéndose débiles entre dos piedras de molino, notando que van a ser machacados se resuelvan a la incorporación a las otras provincias, de acuerdo, sí señor; de completo acuerdo. ¿No intentaron lo mismo cuando Artigas, como medio de salvarse?” (GG, p. 105). Estas palabras de Berón resultan el punto culminante de las perspectivas sobre el proyecto artiguista ya que sugieren una intención oculta de independencia absoluta que se recubrió con el modelo federado por conveniencias políticas. Como veremos a continuación, *Grito de Gloria* propone la misma interpretación para el proyecto de los Treinta y Tres orientales.

<sup>17</sup>En el capítulo inicial de *Nativa* el narrador señala esta continuidad que se articula entre sus obras: “Esta introducción se hacía necesaria para vincular épocas y eslabonar sucesos, y también para dar una idea clara en sus efectos de las causas impulsivas y móviles determinantes de los actos, esfuerzos y sacrificios de patriotismo de la generación heroica que no creyó concluida su obra generosa hasta después que declaró a la faz del mundo que su tierra era ya independiente de todo poder extranjero, y que se imponía como forma definitiva de gobierno las instituciones libres” (N, p. 25).

amores con Felisa, aquellos sucedidos en *Ismael*. Esta escena marca la conversión, hecha en el interior de las novelas, de los sucesos en canción, en leyenda. Casi como una puesta en abismo del mecanismo por el cual se configura una tradición. Similar inquietud revela el narrador con respecto a Artigas, cuando éste ya se ha expatriado: "Tras del caudillo sólo había quedado denso polvo en la atmósfera mezclado a la sombra de una gran derrota gloriosa; pero, recordábanse en los hogares algunos nombres que eran como esperanzas risueñas, a la vez que rayos luminosos de los primeros heroísmos..." (N, 24).

A lo largo del ciclo novelístico se despliega una serie de estrategias que articulan esta conversión de la historia en tradición. La guerra de la independencia se recubre de un discurso épico que le otorga dimensión heroica. La sangre vertida en las luchas hace de los gauchos héroes anónimos: "sacrificios de sangre que debían recordarse poco después como tradiciones incorporadas a la tierra y orígenes gloriosos de una joven historia" (N, p. 390).

Luis María, herido de muerte en la victoria de Sarandí, tiñe con su sangre la bandera artiguista de los Treinta y Tres orientales (ambas banderas, la de Artigas y la de los Treinta y Tres son diferentes pero Acevedo Díaz coloca en manos de estos últimos la del "archicaudillo"). La epopeya de la independencia se instaura como tradición en esta bandera que condensa la "sangre derramada", memoria y síntesis de la lucha por el ideal de la libertad. La bandera, como icono de la nacionalidad, se opone a las divisas de blancos y colorados.

Las relaciones entre los personajes representan, de un modo esquemático, las fuerzas o elementos que configuran la nación. El triángulo amoroso entre Ismael, Felisa y Almagro (o el de Natalia, Luis María y De Souza) sintetiza las fuerzas históricas puestas en juego. La amistad entre Luis María, hijo de una familia patricia de Montevideo; Cuaró, el indígena charrúa y el negro liberto Esteban postulan la armonía de las razas mientras el estanciero Robledo protege a los matreros en su hacienda y les da trabajo, sellando la conciliación entre las diferentes clases sociales. La patria se condensa en la figura de la gran familia. Ante el anuncio del desembarco de los Treinta y Tres orientales, la novela finaliza con el abrazo final de Luis María y Ladislao, "los dos miembros de una misma familia" que "sellaban el pacto de la cultura y de la semibarbarie" (N, p. 394).

No sólo las muertes heroicas, la bandera o la fraternidad tejen y edifican la nación, son sólo unos ejemplos de la gran cantidad de imágenes que abundan en estas novelas. Por momentos todo elemento parece estar apuntando a lo nacional: el pericón, las fiestas populares, las descripciones de la naturaleza con sus frutos particulares, el uso de un

lenguaje con dialectismos indígenas, las figuras femeninas, la vestimenta, el caballo...

## 2. EL PROYECTO CIVILISTA

Expulsado por Latorre en 1875, Eduardo Acevedo Díaz permanece en la Argentina durante veinte años y decide retornar ante el ofrecimiento que le hace un grupo de jóvenes para asumir la dirección del periódico *El Nacional* en 1895.

Dos hechos marcan su actuación política en esta segunda etapa de su vida, provocando ciertas modificaciones en su percepción de la política que repercutirán en su novela *Lanza y Sable*, la última de la serie, publicada en 1914. En 1897 se une como soldado al levantamiento de los blancos acaudillados por Aparicio Saravia. En franca oposición al mandato de su partido, otorga su voto a Batlle y Ordóñez en 1903, lo que le valió la expulsión del partido.

Su participación en la sublevación de Saravia obedece al intento de defender los valores democráticos —en especial el sufragio— con la lucha armada, cuyo modelo se encuentra, como vimos, en las guerras de la independencia. Pero esta experiencia fracasa para el autor cuando advierte que Saravia se conforma con haber alcanzado la jefatura de seis departamentos que el partido gobernante le cede a partir de la firma del Pacto de la Cruz. El progresivo distanciamiento con el caudillo y las disidencias que encuentra en el seno de su partido cuando defiende la política sufragista frente al acuerdismo se resuelven de modo brusco con su apoyo a Batlle. La decisión del partido blanco que prefiere, ante el temor de las urnas que concitan al desorden, resolver la política por medio de acuerdos va en contra del proyecto civilista de Acevedo Díaz. Su ruptura con Saravia cierra las puertas a la posibilidad de recuperar los derechos y defender los ideales a través del levantamiento armado. Estas desilusiones en el terreno político impregnan su última novela, aunque no modifican sustancialmente sus ideas, pero sí profundizan y expanden su proyecto civilista.

Las primeras tres novelas conforman el ciclo de la independencia y allí el caudillo era el agente histórico del progreso frente a la rémora de la colonia. *Lanza y Sable* se ocupa de las luchas civiles entre blancos y colorados y en ese contexto el caudillo se convierte en freno a la difícil edificación de la nación y sus instituciones. Dos ciclos, dos etapas evolutivas y dos fuerzas históricas se imbrican para explicar alternativamente la victoria de la independencia y el comienzo de las guerras civiles. La gesta independentista se exalta a través de un discurso de índole épica, el cual, sin embargo suele quebrarse al final de cada novela con una

imagen que anticipa las luchas fratricidas y que tiñe con tintes trágicos la trama novelística.

En la factura épica del gaucho de sus primeras tres novelas se adelanta la presencia de aquellos elementos que harán imposible la organización nacional. Si en el cuerpo de la novela transcurren los triunfos, es en los finales cuando el relato se quiebra con el anuncio de algún infortunio.

En *Ismael* se explica la lógica de la fuerza desatada en la campaña por el gaucho como un “exceso desbordado de la energía revolucionaria”, si necesario para quebrar el rígido hábito colonial, difícil de detener en el desarrollo de su impulso originario. Borrasca o corriente incontrolable, Fray Benito pregunta por “el dique al torrente” (I, p. 353) y concluye con una visión que profetiza un futuro de discordias intestinas: “La fibra de los que se han rebelado es demasiado fuerte para que el triunfo mismo suavice su fiereza... Conquistada la independencia, la sangre correrá en los años hasta que todo vuelva a su centro; y aún después... correrá también ¡Esa es la ley!” (I, p. 367).

En *Nativa* se va perfilando la imagen de la comunidad oriental en las alianzas, lazos y fraternidades que unen a diferentes sectores ante el dominio del extranjero y que se sintetizan en el final abrazo entre Luis María Berón y Ladislao. Pero esta fraternidad anuncia su ulterior ruptura: “Quizás los ideales del uno y los instintos del otro diseñaban los lineamientos de una honda división en la familia que debía operarse con el tiempo” (p. 394).

Al tiempo que se suceden las victorias de los Treinta y Tres orientales en *Grito de Gloria*, la división de los orientales se acentúa con el ingreso a la escena de Rivera y Oribe. El texto cierra con los triunfos de Rincón y Sarandí que sirven de marco al trágico duelo final de Ladislao y Cuaró, desplazamiento que prefigura la lucha entre las divisas.

Las novelas, al mismo tiempo que configuran los ideales de la patria, indagan las causas del imperio de la anarquía durante los cortos años de la historia nacional. Por ello el relato épico suele quebrarse con esa nota discordante que intenta explicar el origen y la permanencia del desorden que corroe e impide la edificación de la nación uruguaya.

Acevedo Díaz postula progresivamente la imagen de la nación como una república fundada en el libre ejercicio de sus instituciones democráticas. El proyecto civilista va a tener como agente al sector intelectual y motevideano que a su vez acredite su participación en la revolución; así elige al grupo de los curas seráficos estrechamente unidos a Artigas y a Luis María Berón, un hijo de familia patricia que abandona la ciudad amurallada para alistarse en la tropas revolucionarias. Si los enfrentamientos entre “doctores” y “caudillos” impidieron la unidad nacional, Eduardo Acevedo Díaz postula la solidaridad entre ambas partes, un modelo de concordia, tal como él lo intentó en su vida política. Su

discurso civilista lo acerca a posturas características del principismo, pero sus contactos con los caudillos lo diferencian de aquéllos.

En los inicios mismos de su ciclo novelístico, el autor se preocupa por la organización nacional en base al desarrollo de sus instituciones dejando huellas de su discurso civilista. En sus primera tres novelas domina el impulso revolucionario en la imagen rousseoniana del “tourbillon” social que se aplica a la obra de destrucción. En este marco la construcción nacional aparece postergada para el futuro, pero se adelantan ciertos procesos que van a “concluir por destrozar todas las formas viejas de retroceso y de barbarie para cincelar en carne viva el tipo robusto de la democracia americana”. La factura de la República aparece en *Ismael* apenas esbozada, casi como una utopía inalcanzable en la ciudad de Montevideo que, bajo el régimen colonial, se encuentra “sin prensa, sin tribunas, sin escuela” (p. 7). Montevideo es la contrafigura de las ciudades que en América se convierten en centros irradiantes de las “teorías reformadoras que las grandes revoluciones sociales y políticas hacían llegar palpitantes a estas riberas... Montevideo carecía de este cerebro. No era un foco de ideas” (p. 8-9). En la potente imaginación de Fray Benito emerge en un horizonte lejano la utopía democrática, sólo posible cuando se agote el exceso de la fuerza revolucionaria que aún provocará las guerras civiles. Su pregunta por “el dique” capaz de encauzar el instinto desatado apunta a esta cuestión.

En *Nativa y Grito de Gloria* la vida institucional se halla estancada bajo el dominio luso-brasilero. Todavía nos encontramos en plena lucha por la independencia. Luis María Berón representa al modelo ejemplar del patricio —y, en parte, del intelectual—; hijo de una familia que habita en Montevideo, realiza un viaje de aprendizaje: abandona la ciudad amurallada para experimentar los sinsabores de la vida en campaña como soldado y luego como matrero. Su acercamiento a Oribe va a introducir ciertos tópicos del discurso civilista. La oposición de las figuras de Oribe y Rivera en sus estrategias militares —el uno imponía la disciplina, la obediencia, el orden y el otro se valía de la prepotencia personal— operan como metonimias de los posteriores proyectos políticos.

Es recién en *Lanza y Sable* donde el discurso civilista adquiere la dimensión de una fuerza histórica y un proyecto político. Lograda la independencia del Uruguay, es necesario pensar la construcción de la nación a través de la consolidación de las instituciones. La lucha por la independencia requería el desborde de energías, el exceso de los instintos, el impulso destructor; ahora éstos se convierten en obstáculo a la organización del Estado y causa de las guerras civiles entre las divisas. Las fuerzas de progreso y retroceso se invierten: “el elemento regresivo que era el más considerable y primaba en los latifundios, creía de buena fe

que la licencia era la libertad y que el poder del caudillo era más fuerte que el de la ley. El hecho brutal prevalente contra el principio: tal fue el carácter de la lucha en sus orígenes” (LS, p. 17). A partir de la figura de Oribe despliega el discurso civilista basado en las ideas del predominio de la “ley”, los “principios”, “los bienes de la libertad civil y política”, la educación de las masas, el respeto a la Constitución, la libertad de prensa, “tenía que empezarse por la formación de la conciencia culta del deber y del derecho, prácticas y virtudes indispensables a la organización formal del gobierno libre” (LS, p. 18). Atribuye el discurso civilista a los blancos y en este gesto condensa la tradición del partido. No obstante el cuerpo del relato narra la guerra entre las divisas en clave trágica. Cuaró, al servicio de Oribe, mata en un encuentro a Camilo Serrano, para descubrir luego que es su hijo, punto más alto en la división de la sociedad.

En *Lanza y Sable* el autor exagera su reprobación del caudillismo que delata su fracaso con Saravia al tiempo que adscribe el ideario civilista a su partido. Abel, Cuaró y Gaspar prefieren antes que rendirse a Rivera, expatriarse —como su autor— a la Argentina.

En el ciclo anterior Acevedo Díaz construyó la noción de tradición a partir de la idea de libertad experimentada en las guerras de la independencia y también en los levantamientos blancos. Ahora agrega la tradición civilista del partido blanco. Dice el autor en la introducción a *Lanza y Sable*: “Es necesario hacer el relato de los lustros sombríos sin calculadas reservas, para que al fin nazcan ante sus ejemplos aleccionadores los anhelos firmes a la vida de tolerancia, de paz, de justicia y de grandeza nacional” (LS, p. 4). Expulsado de su partido, sin posibilidades políticas acepta el cargo de Embajador ante EE.UU., México y Cuba que Batlle le ofrece y que lo mantendrá fuera del país hasta su muerte. “Sin pasión y sin divisa” titula el prólogo que inicia *Lanza y Sable* en un intento por situarse más allá de las disputas partidarias. Su novela desmiente este lugar neutral, inmune a nuevas agresiones ya que elige relatar el levantamiento de Fructuoso Rivera en contra del gobierno constitucional de Oribe.

En el ciclo independentista de las anteriores novelas, el viaje de aprendizaje debía realizarlo el intelectual a fin de experimentar, como Luis María, “los verdaderos hálitos de la patria” que se mantenían vivos sólo en la campaña. En su última novela la protagonista Paula —hija rústica y agreste del pago— aprende a leer y escribir con la ayuda de Laureana. La educación de los pobladores de la campaña ingresa al texto como un factor importante para el desarrollo de la nación; dice el autor en su prólogo: “Hoy el hombre de campo se reforma, se instruye, se va despojando a grados de la vieja corteza hereditaria. Saber las cuatro reglas ya es mucho; pero vencer los cien resabios de la herencia, no es obra de una generación” (LS, p. 6).



### 3. EL DISCURSO DE LA ABUNDANCIA

Las múltiples y detalladas descripciones de la naturaleza sobrepasan las necesidades de diseñar un escenario para adquirir dimensiones mayores. El territorio se bosqueja a partir del recorrido que los personajes llevan a cabo y que permite la descripción de la variedad de sus paisajes. Apropiándonos de las palabras de Julio Ortega, la naturaleza oriental aparece atravesada por un “discurso de la abundancia”.

La representación de la naturaleza adquiere diversos significados en su articulación con otros códigos culturales. A partir del naturalismo la naturaleza —medio que determina al tipo— se vuelve rústica, fiera y salvaje para templar el espíritu semibárbaro del gaucho en la lucha<sup>18</sup>, la figura del centauro condensa esta unión. Describir la naturaleza oriental significa, también, aportar un elemento más de identidad, de ahí que añada a sus imágenes los nombres indígenas correspondientes: “Troncos gigantes enlazados por graciosas guirnaldas de lianas y tacyos... robustos *yatahis* y guayabos en estrecha alianza... añosos *quebrachos* y atrevidos *ñangapirés* elevando sus cúpulas en desorden...” (I, p. 62).

Pero aquí me interesa destacar la representación de la naturaleza en su articulación con el código de la modernidad, la exuberancia de la tierra se convierte en fertilidad agrícola, los animales en ganado y ambos en riqueza para el país exportador. Este modelo ingresa con la irrupción del proceso modernizador en el Uruguay a partir del último tercio del siglo XIX. En torno a él se debatió el proyecto de país agroexportador y las transformaciones necesarias para estar a la altura de las demandas del comercio exterior, cambios que incluían la modernización de las estancias, los progresos en los modos de industrialización y comercialización, la construcción del puerto de Montevideo, el tendido de redes ferroviarias y la centralización del poder político y económico en la gran urbe capitalina.

Este modelo, por obvias cuestiones de distancias temporales, sólo aparece en las novelas proyectado hacia el futuro, pero prefigurado en la exultante naturaleza. Los ámbitos naturales como escenarios donde se

<sup>18</sup>Cfr. *Nativa*: El clima que nutría el germen del guayabo, del “yathay” y del ombú para alzarlos muy arriba de modo que sus copas recibiesen y soportasen el empuje del pampero, era natural que diera vida también y la misma indómita energía al hombre que debía ocupar la escena”... “Y fue del seno de los bosques en los tiempos aciagos, que surgieron los caudillos más intrépidos, de la propia hechura del matrero, como exceso de savia de una naturaleza pródiga que daba el valor a los hombres en la misma medida que la audacia, por motivo igual que daba dureza y gigantesca talla al ombú, al guayabo y al “yathay”. ¡Eran todos frutos del clima y prole del “pampero”!, p. 248, 149.

gestó la independencia implican la idea de patria<sup>19</sup> y reúnen en una misma matriz la exuberancia y diversidad de sus paisajes con los campos fértiles y la abundancia de ganado en la estancia. Así como se reúne en una misma “pasión por el terruño” el gaucho matrero con el estanciero Robledo. Esta riqueza contenida en la tierra aparece como un don natural que debe cultivarse con los instrumentos de la modernidad y proyecta hacia el futuro el modelo del Uruguay como país agrícola ganadero: “La clase humilde... no abdicaba de sus pretensiones al predominio absoluto de la tierra que amaba con pasión indígena, representándola dentro de sus grandes ríos y océano, con sus cerros, sus montes, sus “cuchillas”, sus estancias llenas de millones de animales, sus vírgenes florestas y campos de eterno verdor, sus pajonales inmensos con criaderos de tigres, sus arroyos de aguas transparentes y arenas sembradas de chispas de oro, sus valles fértiles poblados de venados y ñandúes, sus praderas de costa mineral luciendo al sol en prismas caprichosos piedras admirables, sus serranías abruptas con enormes morriones de granito y caudales de agua en sus abismos festoneados por una vegetación arbórea lujuriente, sus vastos terrenos arables en donde el grano engorda y se yergue maciza la dorada espiga a salvo de huracanes y ciclones, sus puertos privilegiados y sus riberas bañadas por las olas marinas, representábase, decimos, como una tierra tan hermosa y opulenta que bien merecía concluir peleando en ella la vida errante, porque ninguna patria habría después de ella que endulzara siquiera la amargura de perderla” (N, p. 131-132).

El proceso de organización y modernización del Uruguay fue instrumentado ideológicamente por el positivismo que hizo su entrada en la década del setenta como superación del principismo político declarado inepto para solucionar los problemas con alguna dosis de realismo. La matriz fundamental del pensamiento de Acevedo Díaz se configura a través de su intento que por articular ciertos aspectos del principismo, en especial el tinte idealista de su discurso civilista (junto con la estética romántica propia del principismo que tiñe sus obras), con aportes del positivismo cuyo evolucionismo impregna su concepción sobre la historia<sup>20</sup>. No obstante, a diferencia de ciertos sectores del positivismo que

<sup>19</sup>Luis María en medio de las inclemencias del tiempo que la tropa sufría “no podía menos de pensar en su interior que esos sufrimientos eran un medio como cualquier otro ‘de elaborar la patria’ y de adobar la fibra de la nacionalidad naciente” (N, p. 211).

<sup>20</sup>En su primera novela, *Brenda* (1884), cuya acción tiene lugar en la década de 1870, Acevedo Díaz reúne en el personaje principal, Raúl Henares, estas dos tendencias. Del lado del positivismo, como ingeniero, apoya el proceso modernizador del Uruguay pero a la vez critica tanto un positivismo estrecho que desconoce los ideales como al sector evolucionista

colaboraron con la dictadura de Latorre en la creencia de que un gobierno fuerte era necesario como etapa dado el estadio evolutivo de la sociedad, Acevedo Díaz no se pliega a este grupo. Por el contrario incluye como elemento indispensable del progreso la pronta consolidación de las instituciones democráticas, más cercano en esto al ideario principista. Por otra parte, si el evolucionismo histórico —de cuño spenceriano— que sostiene un progreso lento y gradual contribuyó a desechar las revoluciones bruscas como modo de transformar la sociedad, Acevedo Díaz apostó a la posibilidad de cambios bruscos a través de los levantamientos revolucionarios, al menos hasta el año 1897. Su visión del pasado es también deudora del positivismo ya que si bien allí encuentra ciertos ideales libertarios que rescata para el presente, ese período constituye una edad primitiva, “semibárbara”, que es indispensable superar.

En el pasado histórico, Acevedo Díaz no sólo indaga las causas de los males del presente, sino articula, además, el proyecto del porvenir que desea para Uruguay. En el siguiente fragmento se vinculan los tres discursos mencionados. Luis María, en muchos sentidos el alter ego del autor, le relata a Oribe sus sueños patrióticos: “El país solo y libre... ¿Quimera?... No hay duda que por ahora es un problema el de la independencia absoluta. Somos pocos y pobres; esos pocos desangrados... ¡Pero cuántos sacrificios! Bien valían ellos una autonomía completa. El país pequeño, población reducida, rivales poderosos que se lo disputan; todo eso es cierto. Sin embargo, mañana... Vea usted mi comandante. ¿No hay aquí grandes riquezas inexploradas, aparte del pastoreo y otras industrias que darían envidia a los más fuertes el día que salieran a la superficie? ¿No hay pasión por la tierra, lujo de valor y de heroísmo; no hay conciencia de lo que se anhela de un modo constante?... Yo he soñado alguna vez que esas riquezas eran descubiertas, que el país se henchía de vida y que venían de otros lejanos a sus puertos numerosas gentes, que se esparcían luego a la orilla de sus ríos sin semejantes, sembrándola de ciudades orgullosas y veía en sus campos feraces llenos de luz y de verdor eterno, treinta millones de toros; en sus canales escuadras enteras con todas las banderas del mundo; un mar de espigas y de viñas en sus vegas; emporio de comercio en sus playas admirables; solidaridad nacional, leyes justas, historia gloriosa, culto por los mártires y los héroes... Era mi sueño” (GG, p. 117).

---

que apoya a la dictadura. A la vez este personaje está imbuido de altos ideales. Zelmar lo describe del siguiente modo: “tú eres el caballo blanco... símbolo de inexplicables anhelos y de ideales vagorosos” (p. 29).

## ABSTRACT

*Este trabajo procura releer el ciclo de novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz a partir de la idea de literatura como un espacio en el cual se articulan los imaginarios sociales, se debaten los proyectos sobre la Nación y se configura una identidad comunitaria. Estas novelas, escritas hacia fines del siglo XIX, en momentos en que el Estado uruguayo debía consolidarse y organizarse ante el impacto modernizador, postularn —en la historia del pasado— una imagen de Nación fuerte a través de la vinculación de tres tipos de discursos: la tesis de la independencia clásica, el proyecto civilista y el discurso de la abundancia.*

*This work propose to re-read the cycle of historical novels by Eduardo Acevedo Díaz from the idea of literature as a space in which social imaginaries are articulated, national projects debated, and a communitarian identity is given shape.*

*These novels, written towards the close of the XIX century when the Uruguayan nationhood needed to consolidate and organize itself to face the modernizing impact, postulate —in the history of the past— a strong image of the Nation through the interaction of three types of discourse, the classic independence thesis, the civilianist project, and abundance discourse.*